

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



Nº

517

25
cts

GEORGE O'BRIEN

ROMANCE AGRESTE



ERIKSON, A. F.

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año X

BARCELONA

N.º 517

Rough Romance, 1930
Romance agreste

Novela de aventuras, interpretada por

• X George O'Brien, Antonio Moreno, •

✓ Helen Chandler, Noel Francis, etc.



Producción sonora **FOX**

Distribuida por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHARLES RUGGLES

Romance agreste

Argumento de la película

I

Es en el país de los grandes bosques, que se extiende en el Noroeste americano.

La mancha oscura de los árboles gigantes destaca en la blancura de la nevada extensión y en lo alto de uno de esos colosos, Billy West corta el tronco de una rama con el hacha.

Hábil leñador, fuerte como un roble, Billy no tiene rival en la tarea de abatir con el hacha a los gigantes de la naturaleza. Su brazo se levanta, recio y poderoso y, al abatirse, el

filo del hacha se hunde hasta medio tronco y hasta un segundo golpe para que la gruesa rama cruja y se doble.

En este momento, oye Billy una voz que le dice:

—Si quieres saber algo de las mujeres preguntámelo a mí.

Billy mira hacia abajo. Es Larry, el simpático Larry, siempre con su manía de dárselas de don Juan.

Y como se ha colocado precisamente debajo de la rama, Billy contesta:

—Lo que quiero es que te apartes de ahí, Larry.

Pero el "castigador", que es tan tozudo como desgarrado y feo, en vez de atender los consejos de Billy, continúa hablándole de la conveniencia de conocer el alma femenina, hasta que, por haber dado el leñador el golpe de gracia a la rama, ésta se desprende del árbol y se precipita directamente hacia la cabeza del tenorio, que tiene el tiempo justo para saltar a un lado.

Al mismo tiempo, suena un disparo que atrae la atención de Billy. Mira éste hacia el punto donde se ha producido y sólo ve dos hombres que miran hacia atrás y hablan con azoramiento.

Su actitud revela que han hecho blanco.

Como un rayo, el leñador se deja caer por el tronco y al llegar junto a Larry le dice:

—¡Vamos! ¡Creo que han matado a un hombre!

Echan los dos a correr. Sus pies se hunden en la nieve dificultando la carrera. Pero Billy, que a pesar de su magnífica corpulencia, es ligero como un gamo, llega al lugar del suceso con tiempo para ver la cara de dos individuos que huyen en un trineo.

Uno de los rostros no le es desconocido y así se lo comunica a Larry. Se ha llevado una mano al revólver y lo dispara por dos veces. Los fugitivos se encogen en el trineo. Sin duda saben que un disparo de Billy equivale a un noventa y nueve por ciento de probabilidades de irse al otro mundo por el camino más directo.

Y el trineo se pierde en la lejanía.

—¡Lástima! — exclama Billy —. Siento haber perdido estas piezas. Un poco más de calma y hubieran caído.

A todo eso se han detenido al lado de un cuerpo exánime. Billy se inclina sobre él y reconoce al viejo Francisco, que ya no vive.

—¡Esos bribones le han matado! Sin duda les ha sorprendido robándole las trampas.

* * *

Una escena muy diferente se desarrollaba entretanto en la cercana factoría de correos que estaba al cuidado del viejo Reynolds.

La hija de éste, Marna, contemplaba a través de la ventana la helada extensión y había en su semblante una expresión de tedio y de tristeza.

—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué estás triste?—le preguntó el factor.

—Me aburro, padre... ¡Qué ganas tengo de perder de vista estas soledades!

—Algún día tendrás lo que deseas, Marna.

La esperanza animó los ojos de la joven.

—¡Quiero vivir en una gran ciudad donde haya mucha gente y muchachas muy elegantes!

—Y ser tú una de ellas ¿verdad?

—Naturalmente. Ya tengo elegidos los trajes que entonces llevaré. Mira.

Cogió una revista de modas que había en el sofá y mostró a su padre uno de esos trajes que llevaban las muchachas elegantes hace un par de años y cuyo tamaño no era mucho mayor que una servilleta.

Al ver aquello, el anticuado padre de Marna se horrorizó.

—¡Supongo que encima te pondrás el vestido!—exclamó.

—¡Pero si el vestido es esto!—contestó Marna riendo.

Y añadió soñadoramente:

—¡Oh, si tuviera un vestido como éste! Alguien me llevaría al baile de Olanche la semana próxima.

Después pasó unas hojas del periódico.

—Y mira, padre; también tengo elegido a mi caballero.

El factor vió el grabado que su hija señalaba. Era una esbelta figura masculina vestida de cazador.

—No me gusta, Marna—dijo el padre frunciendo el ceño.

—¿Por qué?—inquirió ella llena de extrañeza.

—Porque se parece a Billy West.

—¿Qué tienes que decir de Billy West?

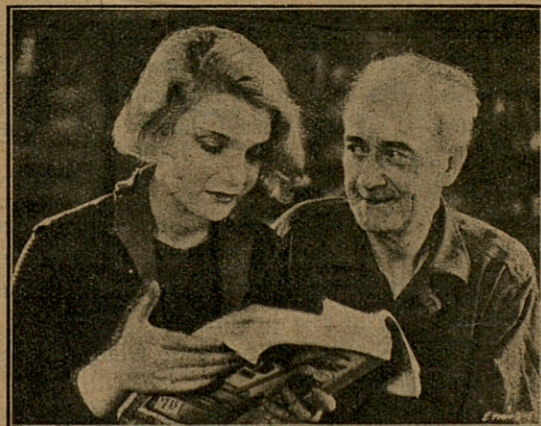
—Nada. Es un excelente muchacho. Pero... te gusta demasiado y no estás en edad de enamorarte.

—Puedes estar tranquilo por ese lado. Lo que yo quiero es alternar, tener amigos, vivir

en sociedad y no aislada en medio de la nieve como un lobo.

—Ya te he dicho que ese día llegará.

—Pero ¿cuándo?



—¡Oh, si tuviera un vestido como éste!

—No sé, no sé. Pero ahora no puede ser, Marna. Hay que tener paciencia.

Y el viejo Reynolds se encogió de hombros con un gesto triste y resignado.

II

Billy y Larry aparecieron en el umbral.

—Traigo el informe de un asesinato, míster Reynolds—dijo el primero entregando un sobre al factor—. ¿Puede usted hacer llegar esta carta al sheriff?

—Desde luego, Billy.

La noticia había cargado el ambiente de emanaciones de tragedia. Pero Larry, que era impermeable al dramatismo, ahuyentó los tristes pensamientos con esta pregunta:

—¿Piensa usted ir al baile de Olanche, míster Reynolds?

—No, yo no iré. Pero Marna quizá vaya si encuentra un hombre formal que la acompañe.

Dicho esto, el factor se dirigió a su habitación para prepararse a llevar él mismo la carta.

Larry seguía en plan donjuanesco.

—Te aseguro una noche feliz si vas al baile, muchacha. Será el apoteosis. Vino, juego, mujeres...

—Calla, Larry—le reprochó Billy—. ¡Vaya un modo de hablar delante de una niña!

—Ya no soy una niña—protestó Marna—. Sé bailar como se baila en los salones. Mire usted.

Y comenzó a evolucionar. Realmente era una maestra moviendo los pies. Larry, que no podía consentir que una mujer bailara sola, la cogió al vuelo en una de sus vueltas y el baile continuó.

Si cuando estaba quieto, Larry era una facha, bailando resultaba un espantapájaros capaz de hacer morir de miedo a los gorriones.

Sin embargo, él sonreía orgulloso de su arte y de su figura.

Menos mal que Billy, como le quería bien y no podía consentir que hiciera el ridículo, aprovechando la circunstancia de que en una de sus evoluciones pasó rozándole, le cogió con una mano del cuello de la americana y con otra de la trasera del pantalón, le apartó a un lado como habría apartado a un conejo y continuó bailando con Marna.

Tampoco Billy era una maravilla como bailarín, pues su rudo sistema hacía crujir el parquet, pero a Marna le agradó sobremanera sentirse transportada como una pluma por aquellos brazos poderosos que la oprimían suavemente contra un pecho robusto y palpitante al que difícilmente alcanzaba su cabecita.

Pero Larry no se dió por vencido, y, cuando

terminó el baile, se ofreció a Marna para acompañarla a la fiesta de Olanche.

—Gracias, Larry, pero me parece que he encontrado ya al caballero que me ha de acompañar—repuso la muchacha mirando a Billy con coquetería.

Entonces éste, haciendo una profunda reverencia, preguntó en tono humorístico:

—Lady Marna, ¿puedo suplicaros me concedáis el honor de ser mi dama en el baile de Olanche?

—Sí, Billy. Acepto encantada.

Billy dirigió una sonrisa de burla a su amigo, el cual replicó despectivamente:

—No importa. Nunca me ha gustado bailar con criaturas.

* * *

Acababan de salir Billy y Larry, cuando llegaron Carson y Latour, que, al verles, se ocultaron.

Poco después salió el viejo Reynolds de la vivienda, y entonces Latour y Carson fueron a su encuentro.

—¿Qué hacía aquí Billy West?—preguntó Latour.

—Ha venido a darme esta carta en que denuncia un asesinato y voy a llevársela al sheriff.

Latour le quitó la carta de la mano, la abrió, la leyó y la rompió después en menudos pedazos.

—Lo hago para ahorrarte el viaje, querido—dijo cínicamente.

—¿Acaso sabe usted algo de ese crimen?—inquirió Reynolds acusadoramente.

—No preguntes, viejo. Limitate a vender las pieles que yo te traigo.

Y le ofreció el fardo que ahora llevaba al hombro.

—No quiero más pieles robadas.

—Pero quiero yo que las tomes y eso ha de bastarte—replicó Latour echándole el fardo encima.

—Te aseguro que esta será la última vez.

Latour respondió con una carcajada:

—Ya arreglaremos cuentas — dijo—. Ahora tengo prisa.

Y volvió a Reynolds la espalda para ir con Carson en busca del trineo y continuar su camino hacia la ciudad.

III

Como tenía una semana de tiempo, Marna había encargado a la ciudad uno de aquellos preciosos vestidos de *soirée* que vió en la revista de modas.

Había conseguido convencer a su padre de que la dejara ir con Billy al baile de Olanche. No le costó mucho al viejo Reynolds acceder, pues el concepto que tenía formado de Billy era, en el fondo, inmejorable.

Llegó de la ciudad la linda *toilette*, y, el día señalado para el baile, Marna apareció a los ojos del factor tan distinta a como siempre había sido, que el viejo se quedó estupefacto, como si le costara creer que aquella elegante damisela fuera su hija.

Zapatos, medias, vestido, todo fué pedido por Marna a la ciudad y todo hacía juego con su etérea belleza, a la que daba singular realce.

Ella misma había quedado sorprendida al mirarse al espejo y verse tan elegante y tan hermosa. No tenía nada que envidiar a las bellezas

aristocráticas cuyo retrato reproducían las revistas de modas.

El viejo Reynolds la avisó de que el tren llegaba y Marna salió corriendo de la casa en dirección a la vía férrea.

En efecto, allí venía el tren, cargado de troncos y de leñadores, que pretendían cantar a coro sin conseguir otra cosa que atronar el espacio con sus vozarrones.

Distinguió a Billy en el primer vagón y empezó a hacerle señas, moviendo los brazos alegremente.

Billy, sorprendido, se lanzó desde lo alto de la carga de troncos viniendo a caer al lado de Marna, a la que contempló estupefacto.

—Pero, Marna, ¿qué es eso? ¿Por qué te has puesto tan guapa y tan elegante?

—Quiero lucirme en el baile de Olanche, Billy.

El, entonces, recordando su promesa en la que no había vuelto a pensar, se echó a reír.

—Pero ¿creíste que te hablaba en serio? No, Marna; yo no puedo llevarte al baile de Olanche. No es lugar adecuado para ti. No debes alternar con la clase de mujeres que asiste a ese cabaret.

Y viendo que pasaban ya los últimos vagones

y que Marna daba muestras de profundo desencanto, añadió:

—Te llevaré a otro baile digno de una muchacha tan guapa y tan honesta como tú.

Trepó al último vagón y dijo aún, poniéndose en pie sobre los troncos:

—Mañana iré a tu casa para hablar de ello. ¿Verdad que no me guardas rencor?

Ella, que no podía contestar porque la pena la ahogaba, hizo un esfuerzo para sonreír y estuvo diciendo adiós con la mano a Billy, hasta que el tren se perdió de vista.

Entonces se echó a llorar.

* * *

Entretanto, Latour y Carson habían llegado a casa del factor con un cargamento de pieles.

Reynolds trató de rechazarlas, pero Latour le hizo comprender una vez más el peligro que para él podía significar contrariarlas.

Desesperado, el factor tomó las pieles y se fué a su habitación para ocultarlas y en este momento llegó Marna llorando.

Latour quedó estupefacto al verla tan bonita y aprovechó su tristeza para acercarse a ella sin infundir sospechas acerca de sus intenciones.

—Te habían prometido llevarte al baile de Olanche—manifestó—y han faltado a su palabra. ¿Verdad que acierto, pobrecita?

Ella movió la cabeza afirmativamente y Latour la fué rodeando con los brazos poco a poco.

—La culpa la tienes tú por fiarte de promesas de hombres informales—dijo con tono paternal y acariciando aquella espalda delicadísima, aquella piel de raso que el escote dejaba al descubierto.

Ella, inocente, alzó el rostro hacia Latour, para lamentarse:

—Estoy condenada a morir en estas soledades como una solterona vieja y fea.

Pero Latour no la escuchaba. Estaba absorto en la contemplación de aquellos labios que tan cerca estaban de los suyos, y de pronto, sujetó fuertemente el cuerpo femenino y profanó la boca virginal con un beso lleno de avidez.

En vano se debatía Marna por libertarse de los brazos traidores, cuando apareció el viejo Reynolds, de regreso de su cuarto.

Acudió en ayuda de su hija y dirigió a Latour los peores insultos.

El ladrón de pieles le miró con fijeza.

—Por última vez te digo, Reynolds, que como no varíes de conducta, irá a costarte caro.

Oyelo bien: si no quieres ir a la cárcel no me contraríes en nada.

Después dijo a Marna, sonriendo cínicamente:

—Un asunto me llama en la ciudad y no me puedo entretener, pero mañana volveré para echar contigo un parrafito, preciosa.

Marna temblaba de miedo mientras Latour y Carson se alejaban. El viejo Reynolds la consoló.

—No temas, Marna. Ese tipo no se saldrá con la suya. Mañana, a primera hora, partiremos. Prepáralo todo.

IV

Por el camino, Latour expuso a Carson sus planes.

—Hemos de deshacernos de Billy West. Sabe demasiado.

—¿Cuándo hemos de hacerlo?

—Esta noche. La ocasión es magnífica. Vamos al baile de las reyertas. Raro será que esta noche no haya movimiento. Y si no lo hay, lo provocaremos nosotros. Entonces podremos dis-

parar sin que se sepa de dónde ha salido la bala.

Entretanto, Billy, en el baile, no daba muestras de su acostumbrada alegría. Estaba sentado a una mesa, en compañía de Larry.

—¿Qué te pasa, Billy? ¡Cualquiera diría que estamos en un entierro!

—Estoy preocupado por la broma que gasté a Marna. ¡Se ha quedado tan triste, la pobre!...

—En estas cuestiones eres un colegial, Billy —repuso Larry con suficiencia—. A las mujeres hay que tratarlas con aspereza. Sigue mi ejemplo.

Billy no le escuchaba. Miraba con atención hacia la puerta por donde acababan de entrar Carson y Latour.

—Ove, Larry. ¿No es aquél el asesino del viejo Francisco?

Larry miró a Latour estúpidamente.

—No recuerdo—contestó—. Pero ¿qué importan ahora los asesinatos? ¡Viva la alegría!

Sin embargo, Billy ya no quitó ojo al ladrón de pieles, el cual, para no perder el tiempo, se sentó a una mesa ocupada por varios conocidos suyos y les propuso jugar a las cartas.

Con los naipes en la mano, Latour era un verdadero malabarista y así pudo amontonar algunos billetes en menos que se cuenta.

Billy se acercó a la mesa y, seguro de que aquel hombre era incapaz de jugar legalmente, puso sus cinco sentidos en el descubrimiento de la trampa y la encontró por fin.

Entonces le ofreció Billy jugar mano a mano



... le ofreció Billy jugar mano a mano...

a condición de dar las cartas él y como Latour no aceptara se entabló entre ambos una viva discusión que dió lugar a la contienda esperada por el bandido,

Pero el sheriff intervino y, como conocía el carácter impetuoso de Billy, le amenazó con echarle a la calle si no observaba la debida compostura.

En vista de que por aquella vez les había fallado la combinación, Latour y Carson se pusieron de acuerdo para provocar nuevamente a Billy.

La ocasión no se hizo esperar. Se sucedieron algunos números de revista y la ligereza de ropa de las artistas caldeó el ambiente lo bastante para que Billy se animara.

Por otra parte, las alegres muchachas no dejaban al simpático leñador ni a sol ni a sombra y, llegado el momento del baile, él eligió a la más bonita y comenzó a evolucionar con ella por en medio del salón.

Cundió la alegría. Olvidándose de su desdichado incidente con Marna, Billy, que quería hacer participar a los músicos del júbilo reinante, dejó un momento a su pareja, para substituir al director. No sabía una jota de música, pero logró imprimir a la orquesta el ritmo acelerado y estrepitoso que las circunstancias requerían.

Pero he aquí que de pronto, al volverse hacia su amiguita, vió que no estaba donde la había dejado y que Carson la arrastraba a viva fuerza

hacia el centro del salón para que bailara con él.

Billy dejó instantáneamente de dirigir y, abriéndose paso entre los bailarines, llegó hasta



... por segunda vez intervino a tiempo el sheriff.

el camarada de Latour, al que cogió por un hombro, separándole fácilmente de su amiguita.

Carson se abalanzó contra él y se produjo el segundo escándalo, pero Latour, que desde un palco esperaba el momento oportuno para disparar, no pudo hacerlo, porque por segunda vez intervino a tiempo el *sheriff*.

Este, cumpliendo su promesa, arrojó a Billy del baile y Larry le siguió para decirle que estaba seguro de que Latour y su amigo tramaban algo contra él.

—Y como sé que no llevas revólver, toma el mío—añadió—. Seguramente lo necesitarás.

Y, verificada la entrega, los dos amigos inseparables, se alejaron cantando por la nieve.

V

—Otra vez nos ha fallado la combinación—dijo Carson a Latour.

—Pero se nos ofrece otra oportunidad—repuso éste—. Si le alcanzamos en el atajo podremos matarlo impunemente.

Salieron en seguida del baile y lanzaron el trineo a toda velocidad por en medio del bosque.

Cuando llegaron al atajo, todavía no se divisaban Billy y Larry.

—Escóndete detrás del tronco de ese árbol—dijo Latour—y a ver si es verdad que eres el mejor tirador del noroeste. Yo permaneceré al lado del trineo de modo que todo esté preparado

para huir. Desde allí presenciare el bonito espectáculo.

Obedeció Carson y pronto se oyeron las voces de Larry y Billy, que se acercaban cantando.

Carson pudo apuntar tranquilamente y sólo disparó cuando estaba seguro de que el tiro no podía fallarle.

En efecto, casi al mismo tiempo que el disparo, se oyó un grito de dolor que profirió Billy, llevándose una mano al hombro.

Y en seguida, otro disparo, pero éste lanzado por el revólver de Billy, tan certeramente, que Carson se desplomó.

Latour, en vez de ayudar a su amigo, se lanzó a una fuga vertiginosa sobre la nevada superficie y aunque Billy disparó, el dolor del hombro, cada vez más agudo, le impedía conservar la firmeza del pulso y no logró abatir a Latour.

—¡Ve en busca de un trineo, Larry!

—¿Te sientes muy mal?

—No temo por la herida, sino por el sheriff, que me achacará a mí las culpas como me las achacaba en el baile.

Fué Larry por el trineo y, a media noche, llegaron frente a la casa de Reynolds.

Billy había perdido el conocimiento e iba en el trineo como un fardo, envuelto en una manta.

Larry, temiendo que la herida fuera demasia-

do grave para pasar más tiempo sin curarla, llamó a la puerta de la factoría.

Marna, que estaba despierta, pues preparaba el equipaje para partir a la mañana siguiente como su padre le había prometido, abrió en seguida y su sorpresa fué muy grande y muy dolorosa cuando Larry le dió cuenta de lo sucedido.

—¡Llévemolo en seguida a mi cuarto! Le haremos entrar en calor y le curaremos la herida.

Así lo hicieron y bastó el calor de la habitación para que el color volviera a las mejillas de Billy. Sin embargo, no recobró el conocimiento. Tenía fiebre. Deliraba.

Marna le lavó y le vendó la herida.

Apenas hubo terminado, Larry exclamó:

—Hemos de continuar en seguida el viaje. En la lucha ha caído Carson y el sheriff sospechará de Billy. A buen seguro que viene siguiéndonos las huellas.

—Pero Billy no puede salir de aquí. Eso podría costarle la vida. Váyase usted solo, Larry. Así verá el sheriff que las huellas continúan y eso servirá para despistarlos.

A Larry le pareció excelente la idea y, momentos después, estaba a solas Marna con el herido.

El corazón le latía violentamente. Jamás había experimentado una angustia tan honda. ¿Por qué? ¿Por qué aquella herida que tenía Billy en el hombro le dolía a ella tanto como si estuviera en su propio corazón?

Y aquella extraña emoción aumentó cuando murmuró Billy, en su delirio:

—¡Cuánto siento haber engañado a Marna. Larry! ¡Se ha quedado tan triste!... ¡Pobre Marna! ¡Tan buena y tan guapa como es!

Las lágrimas llenaron los ojos de la enfermera y las blancas manos acariciaron los revueltos cabellos.

—Tú también eres guapo y bueno, Billy— murmuró muy bajito.

Sonaron de pronto unos golpes recios en la puerta del cuarto y Marna, después de apagar la luz y de cerrar la puerta del cuarto, se desarregló el cabello, se cambió los zapatos por unas zapatillas y bajó a abrir.

Como temía, era el sheriff.

—¿Han estado aquí Larry y Billy?— preguntó éste.

—No, señor; mejor dicho, no sé, porque tanto mi padre como yo estábamos durmiendo cuando usted ha llamado y no hemos oído nada. Puede usted registrar la casa si le parece.

—No hace falta. Se ve que se han detenido

aquí un momento para continuar después, pues las huellas del trineo siguen. Voy a ver si les alcanzo antes de que se borre la pista.

Y el trineo se alejó velozmente.

* * *

A la mañana siguiente, cuando el factor se levantó de la cama, quedó muy sorprendido ante la noticia que le daba su hija.

—Billy está herido, padre. Ha pasado la noche en mi cuarto.

—¿Quién lo ha herido?

—Carson. Pero ahora no hay tiempo que perder. Debemos prepararnos para partir antes de que sea demasiado tarde. Es preciso que salvemos a Billy, padre. No puedo abandonarle en el peligro.

Subieron los dos a ver a Billy, pero dormía y el factor no pudo hablar con él.

Por eso aprovechó el tiempo para terminar de arreglar el equipaje mientras Marna se sentaba al lado de la cabecera para dar a su cuerpo un poco del reposo que tanta falta le hacía.

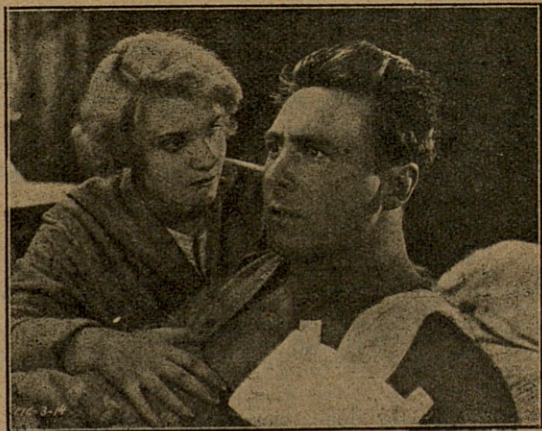
De pronto oyó la voz de Billy.

—¿Eres tú, Marna?

—Sí, Billy, yo soy. ¿Cómo estás? Te encuen-

tras lo bastante fuerte para emprender un viaj.

—Marna, ahora que me doy cuenta de todo, porque ya me encuentro casi bien es cuando no quiero huir. Esos bandidos me atacaron. Me li-



—Esos bandidos me atacaron.

mité a defenderme. No he cometido ningún delito.

—Es que ha de venir Latour y no quiero volverle a ver.

—Sí ha de venir Latour, tanto mejor. Le ajustaré las cuentas.

—No, Billy, no hagas nada contra él. Perjudicarías a mi padre. Latour le obligaba a comprarle las pieles que robaba.

—¡Ah, bandido! Ahora estoy seguro de que fué Latour el que mató al viejo Francisco. No temas por tu padre, Marna. Arreglaremos las cosas de modo que él no salga perjudicado. Tú y él os iréis delante y me esperaréis al otro lado del río. Yo no me moveré de aquí hasta que pueda coger a ese canalla y entregarlo al sheriff. quien entonces sabrá cuál de los dos es el malo. si él o yo.

—Pero nos marcharemos de aquí para no volver. ¿Verdad, Billy?

—Haremos lo que tú quieras, Marna, con tal de que tú hagas una cosa que quiero yo.

—¿Cuál?

—Que te cases conmigo.

—¡Oh, Billy! No deseo otra cosa—exclamó Marna ingenuamente.

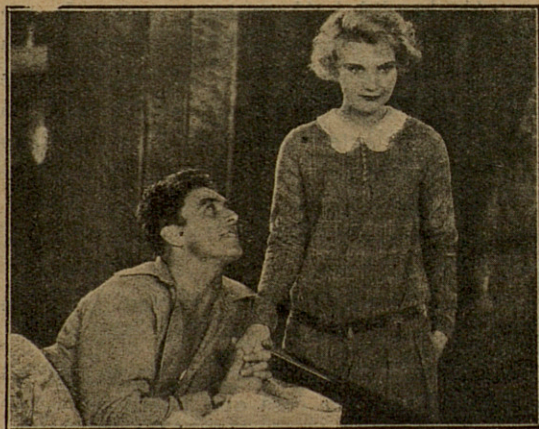
Billy la miró sorprendido.

—No sabía que me querías, Marna.

—Tampoco sabía yo que me querías tú. Pero esta noche, cuando delirabas, lo he comprendido. Y, al mismo tiempo, me he dado cuenta de

que también yo te amaba a ti. Ha sido una noche de dulces revelaciones.

—Marna — exclamó Billy loco de alegría —. Nos casaremos muy pronto, ¿verdad?



—Nos casaremos muy pronto, ¿verdad?

—Sí, Billy. Muy pronto. Tan pronto como nos sea posible. Pero antes hemos de preparar la partida. Haré que mi padre se vaya delante. Yo le alcanzaré fácilmente.

No fué cosa fácil convencer al factor de que

se fuera solo, pero Marna insistió hasta conseguirlo.

Afanosamente, comenzó a cerrar las maletas y a atar los envoltorios, pero en seguida suspendió la tarea. Una sombra había aparecido en el umbral. Era Latour.

Tal pánico le produjo la aparición, que no acertó a pronunciar palabra ni a hacer el menor movimiento. Le miraba con ojos desorbitados por el terror y por la sorpresa. La sonrisa sarcástica de Latour era una amenaza.

—He visto a tu padre salir, pequeña. Eso quiere decir que estás sola. Y si estás sola eres mía.

Cerró la puerta y avanzó hacia Marna, pero la voz de Billy le detuvo.

—Un poco de calma, amigo Latour. Da la casualidad de que Marna no está sola.

La joven le dirigió una mirada llena de ternura y de gratitud. A pesar de su herida, Billy parecía tan seguro de sí mismo, que ya no tuvo ella miedo.

—He sospechado que eras tú, querido amigo, y me he levantado de la cama para tener el honor de recibirte. ¿Creías que Carson me había matado como mataste tú al viejo Francisco?

Hablaba con perfecta tranquilidad. Y en el mismo tono dijo a Marna:

—Ve a decir al *sheriff* que venga. Yo me en-

cargaré de que el hombre que mató al viejo Francisco no salga de aquí.

Pero, al oír estas palabras, Latour sacó el revólver y les apuntó.

—De aquí no sale nadie.

—Ve, Marna. No tengas miedo—la animó Billy.

Y ya iba Marna a salir, cuando Latour la cogió de un brazo y la hizo retroceder violentamente.

Como movido por un resorte, Billy saltó sobre Latour y éste sintió como si una tenaza de hierro se hubiera cerrado sobre su muñeca.

Tuvo que abrir la mano, tuvo que soltar el revólver; pero, en un descuido de Billy, se apoderó de una banqueta y la dejó caer sobre la cabeza del rival.

Se desplomó éste y Marna lanzó un grito de horror. Comprendió que tanto ella como Billy estaban perdidos y salió de la casa enloquecida, con la insensata esperanza de encontrar en aquellas soledades, a alguien a quien pedir auxilio.

Y esto les salvó a los dos. Latour, temiendo que Marna fuera en busca del *sheriff*, salió corriendo tras ella, lo que dió tiempo a Billy para recobrarse y emprender, a su vez, la persecución de Latour.

Al llegar al río, Marna no vaciló en arrojar

a la corriente. Prefería exponerse a morir que quedar a merced del bandido.

Y ya iba a arrojarle éste tras ella, cuando fué alcanzado por Billy.

Una lucha breve, muy breve, pues nadie habría podido soportar durante más de un cuarto de minuto los furiosos mazazos que descargaban los puños de Billy.

Uno de los golpes produjo doble efecto, pues Latour, además de perder el sentido cayó al río, cuya corriente arrastró el cuerpo exánime.

Otro momento de angustia. Allá arriba, los leñadores habían soltado las cadenas que sujetaban los millares de troncos y éstos se deslizaban corriente abajo. Un cuerpo humano hubiera perecido entre ellos, como una hormiga aplastada por el pie de una persona. Y allí, en el camino que seguían los troncos, estaba Marna nadando desesperadamente hacia la orilla.

Billy se arrojó al agua sin vacilar y movió los brazos con tanta fuerza y rapidez como si siguiera golpeando a Latour.

Y pudo llegar hasta Marna y conducirla a la orilla antes de que les alcanzara el terrible torrente de troncos.

Latour, en cambio, fué arrollado por ellos.

Y mientras el ladrón de pieles pagaba sus

crímenes, el primer beso unía los labios de aquellos dos seres que iban a emprender juntos el camino de la felicidad.

FIN

En breve, en las selectas

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

El gran charco

por Maurice Chevalier

Romance

por Greta Garbo

El presidio

por José Crespo

Mañana aparecerá:

PRIM

Producción nacional. Vida del famoso caudillo.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087-Barcelona

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551
BARCELONA